

08/11/08

1079222

C.2

LADRIDO

(Drama en dos actos)

Carlos Canales

Seminario Multidisciplinario Josemilio González
Bachillerato de Estudios Interdisciplinarios
Facultad de Humanidades
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Rio Piedras

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

PERSONAJES:

Doña María

León

Aurora

La acción se desarrolla en la sala de una familia puertorriqueña. En la época actual.

NOTAS DEL AUTOR

Este drama no da descanso a los actores, ni a los espectadores. Por ello, el director tiene que estar conciente y saber interpretar correctamente el ritmo, el tema y el conflicto. Lo que motiva a estos personajes es el mundo interior, aquello que está oculto, que proviene del subconciente y todas sus consecuencias metafísicas. El fuego existencial corroe el alma de los personajes. La obra no es una pelea de de boxeo (juego de niños), sino una anarquía salvaje, donde no existen reglas, ni arbitros. Doña María, que sufre las peleas, tiene entre cincuenta y sesenta años. León, no pasa de los treinticinco años. Aurora, no más de treinta años.

La obra se desarrolla en una sala de una familia. Muebles - cuadros - figuras. Entradas a la casa por la izquierda. Pasillo al fondo. Puerta del cuarto a la derecha. Todo elemento plástico que entienda el director que resalte el conflicto del drama.

La iluminación será opaca sombría. En otros momentos el director podrá cambiar los colores para pronunciar otros sentimientos. Los claros oscuros serían ideales para dejar establecido la atmósfera y en donde se desarrolla el conflicto.

La música será salvaje, celestial y humana. El director sabrá combinarlas.

PRIMER ACTO

Al levantarse el telón, la escena está a oscura y se escucha una música salvaje, metafísica y humana. Luego cesa, y se ilumina la escena con luz opaca sombría. Pausa. Doña María entra por el pasillo del fondo, observa toda la sala, mueve la cabeza, observa el cuadro de Cristo, se acerca, dice unas palabras en mímica, se voltea, va al teléfono y llama.

MARIA: Buenos días, doña Flor. La estoy llamando para decirle que luego paso por su casa. (Continúa hablando en mímica y después cuelga. Pausa. Observa la sala, va a la cocina, regresa con escoba y paño. Comienza a recoger y a limpiar la sala. Pausa larga. Llega León por la puerta de la derecha segundo término. No se percata de él, pero éste la observa detenidamente, como si estuviera planificando una idea. De pronto ella se voltea y se enfrenta con León, que la observa fijamente a los ojos.) Buenos días.

LEON: ¿Qué tienen de buenos?

MARIA: Descúbralo.

LEON: ¿Cómo?

MARIA: Asómese por la ventana.

LEON: No hay nada nuevo bajo el sol.

MARIA: ¿Está seguro?

LEON: Muy seguro.

MARIA: Pues... yo pienso lo contrario.

LEON: Usted ve estrellas donde no hay cielo y es capaz también de ver luz en las tinieblas.

MARIA: Y usted ve oscuridad en la claridad.

LEON: Yo sí veo.

MARIA: De eso, no hay duda. Pero yo no quisiera ver lo que usted ve.

LEON: Usted cree en toda esa basura...

MARIA: ¿De qué habla?

LEON: De la basura que escucha todos los días en la radio y en otros sitios que frecuenta ir todas las noches.

MARIA: ¡Ah! ¡Respete! Mucho cuidado cuando habla...

LEON: Yo sé lo que digo.

MARIA: Usted no sabe nada.

LEON: Más que usted.

MARIA: ¿De verdad?

LEON: ¿Por qué se levantó tan temprano?

MARIA: Esta es mi casa. Puedo levantarme a la hora que quiera. No tengo por qué darle explicaciones.
¿Está claro?

- LEON: Le ordené que no recogiera más la casa y que le dejara esa tarea a su hija. (Transición)
¡Obedézcame! ¡No me contradiga!
- MARIA: No puede darme órdenes a mí.
- LEON: Y yo sé por qué lo hace. (Transición) Con Jorge no se comportaba así. Si él le decía cualquier cosa, usted le obedecía. No se atrevía a contradecirlo.
- MARIA: ¡El no vivió en esta casa!
- LEON: Conmigo es diferente. (Transición) Pues claro, a él lo quería. (Transición) A mí, nunca me ha querido.
- MARIA: Se le hace tarde.
- LEON: ¿Le gustaba?
- MARIA: ¿Qué quiere decir?
- LEON: La pregunta está clara.
- MARIA: (Después de una pausa) ¿Cómo se atreve a preguntarme...?
- LEON: Permítame contarle una historia. (Pausa)
Doña Raquel, la dueña de una barra que yo visitaba hace tiempo, me contó que ella le imponía a las hijas el marido a escoger, y ellas le obedecían. (Con intención) ¿Sabe por qué?
(Pausa breve) Porque la maldita se enamoraba de los futuros yernos. Cuando las hijas se

casaban, ella se imaginaba que los yernos
le hacían el amor también en la luna de miel.
(Sonríe)

MARIA: ¡Mentira!

LEON: ¡Es verdad!

MARIA: ¡Mentira!

LEON: Si quiere se la presento.

MARIA: ¡No quiero conocerla!

LEON: ¡Debiera!

MARIA: ¡No me hace falta!

LEON: ¿Qué fantasía sexual tuvo con Jorge?

MARIA: ¡Ninguna!

LEON: ¿Está segura?

MARIA: Sí, muy segura.

LEON: Tuvo que soñar con él haciéndole...

MARIA: ¡Suspenda el tema! (Pausa. Continúa la tarea.)
(León la observa malicioso, y luego comienza a
bostezar a propósito hasta que doña María
interrumpe su labor.) ¿Va a desayunar?

LEON: ¿Para qué?

MARIA: ¿Para qué va a hacer?

LEON: Menú.

MARIA: "Corn Flakes".

LEON: ¿"Corn Flakes"? (Transición) ¡Maldito sea el "Corn Flakes"! En la casa de mis tíos me obligaban a comerlo todos los días. Y cuando las cosas no estaban buenas, me lo daban de almuerzo y de comida. (Transición) ¡No lo quiero! Cambie el menú.

MARIA: No, señor. "Corn Flakes" o no desayuna.

LEON: Quiero bistec encebollado, papas fritas, revoltillo de huevos con jamón, jugo de china y tostadas. (Transición) ¡Rápido! ¿Qué espera?

MARIA: ¡Yo no soy su cocinera!

LEON: ¿Quién hace la compra aquí?

MARIA: Llame a su esposa para que se lo prepare.

LEON: ¡Prepárelo!

MARIA: No lo voy a hacer.

LEON: Pues no desayuno. No me hace falta. (Transición) Cómase el "Corn Flakes" y que le aproveche, mamá.

MARIA: Ah, su madre lo llamó temprano.

LEON: ¿Para qué?

- MARIA: No me lo dijo, ni se lo pregunté tampoco. Me rogó que usted le devuelva la llamada, porque tiene urgencia de hablarle.
- LEON: Y cuando yo intenté hablar con ella, me rechazó.
- MARIA: Usted debe comprender.
- LEON: La madre es madre en todo momento, no cuando pueda o quiera.
- MARIA: Recuérdesese...
- LEON: Yo no tengo la culpa de que mi padre la haya abandonado por otra mujer. Los hijos no somos responsables de los padres.
- MARIA: Pero sí los padres de los hijos, ¿verdad?
- LEON: Sí, porque nosotros no le pedimos que nos trajeran a este mundo. (Transición) Usted sabe que mi madre no cumplió su responsabilidad conmigo.
- MARIA: Sí, eso es imperdonable. Pero ella siempre estuvo pendiente de su hijo que abandonó porque no estaba en condiciones de atenderlo. (Pausa breve) León, ¿por qué alimenta ese sentimiento...? Si ahora ella lo busca, si quiere arreglar las cuentas con usted, si lo necesita en estos momentos, ¿porqué no darle una oportunidad...?
- LEON: ¿Qué puede ofrecerme?
- MARIA: Amor.

LEON: ¿Amor?

MARIA: Sí, amor.

LEON: Ya es tarde.

MARIA: Nunca es tarde.

LEON: No la necesito, ni la quiero tampoco.

MARIA: Ay, León, no endurezca el corazón. Déle amor a su madre. La vida es dar amor. Mienten los que dicen lo contrario. No permita que esos sentimientos adversos echen raíces en su corazón, porque después no podrá arrancarlos. No sea necio, ni soberbio, use la inteligencia y reconcíliase con su madre. La soledad está consumiéndola. Usted es su hijo. Lo único que tiene en este mundo.

LEON: (Después de una pausa) La soledad duele. Y duele más cuando se está rodeado de fantasmas. (Transición) Hace años fui a visitarla... Se negó a recibirme. Porque estaba discutiendo un negocio importante en la habitación. Me dijo que regresara en la tarde. Cuando volví, me dijeron que ella se había marchado a otro pueblo con el negociante. (Pausa) Luego la busqué en todos los lugares, pero no la encontré. (Transición) Me dejó solo. Abandonado en la calle. (Pausa) Hace semanas la encontré en Plaza. Desde ese día, quiere arreglar las cuentas conmigo.

MARIA: (Después de una pausa) Llámela.

LEON: Más tarde. Cuando pueda.

MARIA: Hágalo ahora.

LEON: No la voy a llamar. Y si vuelve a llamar, dígame que me fui al infierno y que no sabe cuando voy a regresar a la casa.

MARIA: No voy a hacerlo. Soy madre también.

LEON: Muy bien. Pero no insista que hable con ella.

MARIA: Que Dios se apiade de usted.

LEON: Y de mi madre también.

(Doña María vuelve a su tarea. León está pensativo, conflictivo y no deja de observarla. Ella lo ha ignorado por completo. Pausa larga. Doña María mira el reloj y detiene la tarea.)

MARIA: ¿Qué hace Aurora?

LEON: Estará bañándose.

MARIA: Que mucho tarda.

LEON: A unos les tarda más que a otros quitarse la suciedad del cuerpo. Aurora suda mucho de noche y como no quiere bañarse después..., pues se toma más tiempo en la mañana. (Transición)
¿Por qué pregunta?

MARIA: Por nada. Por preguntar.

- LEON: No se preocupe. Ella no escuchó nuestra conversación.
- MARIA: No me preocupo.
- LEON: (Mirando el periódico) ¿Leyó El Vocero?
- MARIA: No pierdo el tiempo leyendo inmundicia. Yo leo la Biblia.
- LEON: En ella también se habla de inmundicia.
- MARIA: En vez de leer El Vocero, ¿por qué no lee la Biblia?
- LEON: Porque ahora no quiero.
- MARIA: ¿Ha leído la Biblia?
- LEON: Quién no ha leído ese libro...
- MARIA: No basta con leerla, sino practicarla.
- LEON: ¡Cállese! ¡No quiero hablar de ese asunto!
- MARIA: (Después de una pausa) ¿Por qué pelea tanto con mi hija?
- LEON: Ah, con que estaba escuchando en la puerta.
- MARIA: Ustedes no peleaban, estaban matándose. Los escuchó todo el vecindario.
- LEON: Qué bueno. Tenemos público. Casa llena. Usted debe cobrar la taquilla. Con ese dinero podemos vivir más desahogados. Tener otras

comodidades en el hogar. ¿Qué le parece mi idea? Usted se imagina todo el vecindario preguntándose de qué vamos a pelear hoy. Ya tenemos fanáticos. Tienen una razón para quedarse en las casas. No podemos defraudarlos.

MARIA: Eso es, tómelo a broma..

LEON: (Jactancioso) La vida es una broma.

MARIA: No, la vida es seria.

LEON: Para los que tienen seriedad. Pero esos son pocos. Se podrían contar con los dedos de la mano, como los escogidos de Dios,...

(Transición brusca) Mire, señora, si su hija y yo peleamos todos los días, en cualquier sitio, a cualquier hora, por cualquier motivo, aunque sea una estupidez, eso no le importa a nadie, ni siquiera a usted.

MARIA: ¡A mi sí me importa!

LEON: ¡Métase en sus asuntos!

MARIA: ¡Es mi hija!

LEON: ¡Y yo el marido!

MARIA: ¡Pero no su padre!

LEON: ¡Cuando la mujer se casa con el hombre, la familia pierde los derechos sobre ella, es el hombre quien gobierna su vida! (Transición. Con toda la carga emocional que sea capaz de generar el

actor) ¡Palabra de Dios! (La observa con ojos brillantes, como si quisiera traspasarlos con ellos.)

(Ella lo observa un poco desconcertada, no esperaba el argumento de León. Luego se repone; el coraje la invade y la verdad le impide arremeter contra León, reprime el coraje y sale de escena. León queda inmerso en la sala, gozando su victoria. Pausa. Luego llega Aurora del cuarto.)

AURORA: León.

LEON: Dime.

AURORA: Olvídalo.

LEON: ¡Qué mucho tardaste en el baño!

AURORA: El agua estaba fría, bien buena..., No encontraba la manera de salir...

LEON: Yo pensaba que te habías ido por el inodoro.

AURORA: Pues te equivocaste.

LEON: Hablando en serio. Estuviste dos horas bañándote. ¿No crees que es mucho tiempo? Además, estás desperdiciando agua. ¿Por qué te bañas tanto? ¿Qué quieres limpiar de tu cuerpo?

AURORA: Me gusta bañarme.

LEON: Ya lo tuyo es una exageración.

AURORA: Si me da calor, me baño.

LEON: El bañarse desgasta la piel.

AURORA: (Después de una pausa) ¿Y mamá?

LEON: ¿Quién?

AURORA: Mi madre.

LEON: Ah, no sé.

AURORA: Lo sabes. Los escuché discutiendo.

LEON: Porque se entromete en mis asuntos.

AURORA: Tú sabes que no me gustan las peleas con mamá.

LEON: Pues que no me moleste, que no me hable, ni se cruce en mi camino.

AURORA: Esta es su casa.

LEON: ¿Qué quieres decirme?

AURORA: Que la respetes.

LEON: Que me respete ella también.

AURORA: Mamá te quiere.

LEON: Quisiera creerlo, pero no es verdad. (Pausa)
Cuando me trajiste aquí, me ignoró por completo.

AURORA: Ella estaba molesta conmigo. Hacía tres meses que me había divorciado y me había ido a trabajar a la barra. Cuando te vió pensó que tú eras un

aventurero, un vividor, un capricho más de los míos. (Transición) Pero, mi amor, comprende que soy su hija. Si tú me maltratas en su casa, no puede estar contenta contigo. Si tú me trataras bien, te la ganarías. (Transición) ¿Por qué no haces un esfuerzo por ganarte su gracia? ¿Por qué no acabamos con las peleas?

LEON: (Después de una pausa breve) Sí, tienes razón. (Pausa) Aurora, anoche soñé con mi madre. Cuando me encontré con la tuya, no pude contenerme y la insulté.

AURORA: (Comprendiéndolo) Ya pasó todo. No te preocupes. Cuando ella regrese, te disculpas. Te aseguro que mejorarán las relaciones.

LEON: (Después de una pausa breve) Si llama mi madre, dile que no vuelva a llamar más aquí.

AURORA: Está bien. (Transición) ¿Desayunaste?

LEON: No.

AURORA: ¿Qué quieres?

LEON: Nada.

AURORA: Te preparo bistec encebollado, papas fritas, revoltillo de huevos, jamón, jugo de china y tostadas.

LEON: Gracias, mi amor, pero no tengo hambre.

AURORA: Tú tienes que recuperar las fuerzas...

LEON: Ya las repuse.

AURORA: ¿Cómo?

LEON: Ese es mi secreto.

AURORA: Bueno, si crees que el menú está fuerte, puedo prepararte otro más liviano. Digamos "Corn Flakes".

LEON: Dije que no quiero desayuno y el "Corn Flakes" queda prohibido en esta casa.

AURORA: A mí me gusta.

LEON: Pero a mí no. Y se acabó la discusión. ¡Cero "Corn Flakes" aquí!

AURORA: (Después de una pausa) ¿No vas a trabajar?

LEON: No.

AURORA: ¿Por qué?

LEON: Pedí el día.

AURORA: ¿Para qué?

LEON: Para organizarme.

AURORA: ¿Cuándo vas a terminar de organizarte?

LEON: (Sentencioso) Cuando tú me lo permitas.

AURORA: ¿Yo?

LEON: Sí, tú.

AURORA: Pero, ¿cómo te he impedido...?

LEON: ¿Quién era aquel hombre de la plaza?

AURORA: Un amigo de la escuela. Hacía diez años que no nos veíamos. Nos encontramos por casualidad.

LEON: Las casualidades no existen. ¿De qué hablaban?

AURORA: De los viejos tiempos.

LEON: Que fueron buenísimos para ustedes.

AURORA: No digas eso.

LEON: ¿Y qué quieres que diga?

AURORA: León, me estoy cansando de tí.

LEON: De una mujer como tú, de barra, puede esperarse lo peor.

AURORA: ¿Qué dijiste?

LEON: Lo que escuchaste.

AURORA: Que soy una mujer de barra.

LEON: Eso dije y lo sostengo.

AURORA: Tú sabes por qué fui a trabajar a la barra.

LEON: Lo sé.

AURORA: No lo sabes.

LEON: Porque te gustan los hombres.

AURORA: Y el tiempo que trabajé en ella, no me acosté con nadie. Me dí a respetar.

LEON: ¿Estás segura?

AURORA: Sí.

LEON: Pero, ¿por qué cuando llegué a la barra coqueteaste conmigo?

AURORA: Fue diferente contigo. Tú me agradaste. Me caíste bien. Me gustaste. Pero no me acosté contigo hasta que nos casamos. (Calándolo)
León, ¿por qué te enamoraste de mí? ¿Por qué te casaste con una mujer de barra? (Transición)
¡Respóndeme!

LEON: En verdad, Aurora, que cuando te conocí llevabas poco tiempo en la barra.

AURORA: Un mes.

LEON: ¿Y no te acostaste con nadie?

AURORA: No.

LEON: ¿Por qué te fuíste a trabajar a la barra?

AURORA: (Después de una pausa) Después que me divorcié, me sentía sola, deprimida... No quería regresar aquí. (Transición) Llené solicitudes de empleo en todos los lugares, pero no me llamaron a

entrevista. Fueron días difíciles. Pero un día me encuentro con Amanda en Santurce. Fuimos compañeras de estudios. Me invitó a almorzar. Le conté mi historia. Me ofreció trabajo en la barra. Yo no quería, pero me convenció.

LEON: ¿Cómo?

AURORA: Me dijo que la mujer tiene que darse a respetar en todos los trabajos. Que yo no perdería nada con probar. Trabajé con ella hasta que tú llegaste y dejé esa vida.

LEON: ¿Cuál vida?

AURORA: La de barra.

LEON: ¿Te gustaba?

AURORA: Sí.

LEON: ¿Qué te gustaba? ¿Dejarte tocar por los hombres?

AURORA: Yo no estaba obligada a bailar con ellos. Bailé contigo porque me gustaste. Creía que eras diferente a los demás, pero me equivoqué contigo.

LEON: Yo sé, Aurora, que tú quieres volver a la barra. Revolcarte con los hombres. Dices que no. Me lo niegas todas las noches. Pero tú eres una mujer de barra. ¡Mujer de barra!

AURORA: ¡Vamos a divorciarnos!

LEON: Para irte con el hombre de la plaza.

AURORA: Me parece lo mejor.

LEON: Ah, lo estás pensando.

AURORA: ¡Cállate, por favor!

LEON: Pero tú no entiendes. Yo te amo.

AURORA: Yo te amo también.

LEON: Si tú me amaras como yo te amo...

AURORA: Vamos, termina, no te detengas. ¿Por qué te callaste? ¿En qué piensas? ¿Qué ibas a decirme? (Transición) No pudiste terminar porque sabes que es mentira. Tú no puedes criticarme. Y si lo haces, quieres hacerme daño.

LEON: Yo no puedo vivir sin tí.

AURORA: Ni yo sin ti, León. Pero si continuas con tus dudas e insultándome... tendré que dejarte. Te juro por mi madre que el día que lo haga, no volveré contigo. Ni aunque te humilles. Si tú no quieres perderme, respétame.

(León se echa en sus brazos, ella intenta rechazarlo, pero él insiste, y ella se contagia. Se abrazan, se acarician y se besan. Pausa larga.)

AURORA: Como no vas a trabajar, me voy a Plaza.

LEON: Pues yo voy contigo.

AURORA: No.

LEON: Después que compremos en Plaza, nos vamos a almorzar mariscos a la orilla del mar. En Dorado o en Palo Seco. Tú escoges. Luego de almorzar, nos vamos al Hotel La Fuente y hacemos el amor en el jacuzzi. ¡Qué mucho disfrutaremos!
¡Vámonos, mi amor! ¡Vamos a divertirnos!

AURORA: ¡No!

LEON: ¿Por qué?

AURORA: Porque no quiero divertirme contigo. Quiero ir sola a Plaza.

LEON: ¿Quién te espera?

AURORA: Nadie.

LEON: Entonces, ¿por qué no quieres divertirme...?

AURORA: ¡Porque no quiero!

LEON: Porque te vas a encontrar con Jorge.

AURORA: ¿Cómo puedes pensar?

LEON: Hace días te encontraste con él en Plaza.
¿También por casualidad?

AURORA: Yo no puedo comprar contigo. Me pones nerviosa
Tengo que comprar a tu gusto.

LEON: Sí, es verdad. Pero te prometo cambiar. Compra lo que te guste. No te diré nada.

AURORA: Así dices siempre. Y una vez que estamos en Plaza, cambias de opinión. Terminas por imponerte. No, mi amor, no quiero que me acompañes. Me voy sola.

LEON: Pues si no puedo acompañarte, ni aceptaste mi invitación, que le vamos a hacer. (Transición)
Pero tú no vas tampoco.

AURORA: Tú bromeas, ¿verdad?

LEON: No, hablo en serio.

AURORA: No puedes impedírmelo. No puedes encerrarme como a un animal.

LEON: Yo soy tu marido.

AURORA: Pero no mi dueño.

LEON: Ya te dije que no vas a comprar.

AURORA: Y yo te digo que sí voy a hacerlo.

LEON: ¡Maldita sea! ¡Tú tienes que obedecerme!
¡Respetarme!

AURORA: ¡Cómo tú me tienes que respetar a mí!

LEON: Pero es que yo soy el hombre de la casa.

AURORA: Y yo soy la mujer de la casa.

LEON: Si yo te ordeno que no salgas de aquí, no puedes hacerlo.

AURORA: León, dame una razón para que te obedezca.
Dame una sola.

LEON: Porque tiene que ser así. Porque yo te lo ordeno.

AURORA: ¡Dame una razón!

LEON: Ya te la dí.

AURORA: No me convenciste.

LEON: No tengo por qué hacerlo.

AURORA: Porque eres el hombre.

LEON: Sí.

AURORA: Pues yo me voy a comprar.

LEON: (Después de una pausa breve) Vete.

(León continúa caminando y repitiendo la frase hasta que sale de la casa. Pausa. Aurora está pensativa, mirando por la puerta. Llega la madre y se percata de la situación.)

MARIA: ¿Qué te pasa?

AURORA: Déjame.

MARIA: Volvieron a pelear. Ustedes no se cansan. Así no se puede vivir. Dios. ¿Por qué pelearon?

AURORA: (Después de una pausa) Le dije que iba a Plaza y me dijo que no saliera de aquí. Pero, ¿quién es León? ¿Quién crees que soy?

MARIA: ¿Qué vas a hacer?

AURORA: Me voy.

MARIA: No, quédate. Obedécele.

AURORA: ¿Por qué tengo que hacerlo?

MARIA: Porque te conviene.

AURORA: (Después de observarla fijamente) Tú quieres que León me domine como papá te controlaba a tí. ¿Tú crees que voy a soportar las humillaciones que le soportaste a mi padre?

MARIA: (Contenida) Estamos hablando de tí.

AURORA: Tú lo defiendes.

MARIA: Hija, te equivocas.

AURORA: Lo defiendes, mamá.

MARIA: Si él está furioso, imagínate cómo se pondrá cuando llegue y no te encuentre en la casa. Piénsalo un momento. Lo mejor es que te quedes aquí. Mañana es otro día.

AURORA: (Decidida) Dije que voy a comprar hoy y lo voy a hacer. A mí ningún hombre me va a controlar. Ni tú tampoco.

LEON: Yo no quiero controlarte.

AURORA: Ahora no. Pero antes sí. Querías imponerme tus ideas.

MARIA: Las tuyas no te ayudaron mucho. ¿Verdad?

AURORA: ¿Qué tú quieres decir?

MARIA: Tus magníficas ideas te arrojaron a la barra.

AURORA: Pero eran mis ideas. No las tuyas.

MARIA: Debiste escucharme.

AURORA: ¡Me voy a Plaza! ¡Tengo que salir de aquí! ¡Hoy!

MARIA: ¿Para qué te vas a comprar más ropa? Si ropa demás tienes en el closet. No vayas. No malgaste tu dinero.

AURORA: Mamá, vi un traje en Plaza, que si no lo compro hoy, mañana no estará en la tienda. Entiéndelo.

MARIA: Yo lo entiendo. Pero León no lo entenderá.

AURORA: Lo siento. Ya tomé mi decisión.

MARIA: Aurora, ¿por qué no tienen un hijo? ¿Qué esperan para tenerlo? ¡Un hijo...!

AURORA: ¡No quiero tener hijos! ¡No los quiero! ¡No me lo menciones!

MARIA: ¿Por qué?

AURORA: ¡Porque no quiero!

MARIA: Un hijo puede cambiar sus vidas.

AURORA: Prefiero pelear con los hombres a pelear con los niños.

MARIA: ¿Cómo puedes...?

AURORA: ¡Sí, puedo, mamá!

MARIA: Todas las mujeres desean ser madres.

AURORA: Pero yo no, mamá.

MARIA: Tengan un hijo.

AURORA: ¡No!

MARIA: Aurora, ¿qué tienes en el corazón?

AURORA: (Después de una pausa) Piedras, mamá.

(Ambas se observan fijamente. Doña María trata de descubrir lo que piensa la hija, pero no es fácil. Aurora es impenetrable y termina venciendo a la madre. Luego Aurora sale de la casa. Doña María mueve la cabeza varias veces y después observa el retrato de Cristo. Pausa. Llega León. La observa un tiempo.)

LEON: Mamá.

MARIA: ¿Regresó?

LEON: En la casa se está mejor que en la calle.

MARIA: Así me gusta verle.

LEON: (Después de una pausa) Perdóneme.

MARIA: Usted es bueno, tiene buen corazón, pero sus peleas con mi hija, le descontrolan y se porta mal conmigo. (Transición) Sí, es verdad, al principio usted no me simpatizó, lo ignoré muchas veces y lo comparaba con Jorge, pero después me convencí de que no debía compararlos, porque son diferentes. Desde entonces he tratado de sobrellevarle y de entenderlo.

LEON: Lo sé.

MARIA: Permítame darle un consejo: termine las peleas con Aurora. Ella se parece a usted, por cualquier cosa se violenta y no se puede controlar. También olvídense de Jorge. ¿Por qué él tiene que interponerse en sus vidas? Mi hija lo olvidó. Quiere ser feliz con usted. No permita que un fantasma lo impida. Haga el esfuerzo. Estírpelo de su mente. (Transición) En la vida, León, se puede mejorar, podemos liberarnos del pecado, si se quiere. Si ustedes se esforzaran, no pelearían más. Habría más unión. Seríamos una familia como Dios manda.

LEON: Usted tiene razón.

MARIA: Ustedes son buenos, son jóvenes, les queda una vida por delante, no pierdan el tiempo en peleas inútiles, que le traerán malos resultados. ¿Qué ocurre entre ustedes después de una pelea? El silencio se impone en el hogar. No se puede respirar. El calor se condensa. Quiere asfixiarnos. Indiferencia. Miradas turbias. Incomunicación. Cada uno en su lugar, evitándose,

pero por dentro con deseos de abrazarse, de pedirse perdón y de amarse hasta que nos les queda fuerzas.

LEON: Mamá, ya usted verá. Yo le prometo acabar las peleas. Estoy decidido. Usted tiene razón. No puedo seguir peleando con todo el mundo.
(Transición) Cuando me fui de aquí, entré a la barra, pedí una cerveza, pero no me la bebí. La rompí contra la calle. Después me fui a caminar. Llegué al parque. Me senté debajo de un árbol. Analicé mi vida. He decidido cambiarla.

MARIA: Me alegro. No sabe cuánto.

LEON: Y decidí más.

MARIA: Dígame.

LEON: (Después de una pausa breve) Quisiera volver a la iglesia.

MARIA: Sí, mis hijos, busquen de Dios. Pongan sus vidas en sus manos. (Transición) ¿Usted iba a la iglesia?

LEON: Sí, cuando vivía con mis tíos.

MARIA: ¿Por qué se apartó...?

LEON: En verdad, no lo sé. (Pausa breve) Yo iba a la iglesia todos los días. También apoyaba los cultos en las calles, en las esquinas y en las plazas. Yo estaba firme en sus caminos. Porque yo dirigía cultos, hablaba en lenguas y hasta fui presidente de los jóvenes. Dios tenía un

propósito conmigo. (Transición) Pero me enamoré de una hermana de la iglesia. Era preciosa. Le oré a Dios para que obrara por mí pero cuando me le declaré, me dijo que no. (Transición) Me encerré en mi cuarto. Lloré toda la noche. Le preguntaba a Dios, que por qué no había obrado, pero EL no me contestó. Luego, lo maldije. (Transición) Desde esa noche empecé a faltar a la iglesia hasta que la abandoné por completo.

MARIA: (Después de una pausa) Como Aurora. Pero diferente. Ella no faltaba a la iglesia. Todos confiábamos en ella. Porque decía que cuando creciera, se dedicaría al ministerio y fundaría una misión. Cada vez que lo decía, yo me sentía orgullosa de mi hija. Ella estaba escogida por Dios. (Transición) Pero cuando cumplió los quince años, abandonó la iglesia. Nunca ha dicho por qué. (Pausa breve) Si usted quiere, puede visitar mi iglesia.

LEON: Gracias.

MARIA: Me gustaría...

LEON: Déjeme hablar con Aurora.

MARIA: Hijo, tenga cuidado.

LEON: No se preocupe, mamá. Voy a hablar con ella. ¿Dónde está? ¿En el cuarto?

MARIA: No.

LEON: ¿En dónde está Aurora?

MARIA: Ella salió.

LEON: ¿A dónde?

MARIA: A comprar.

LEON: Pero, ¿por qué salió? ¡Me desobedeció! ¡Usted debió detenerla!

MARIA: Lo intenté, pero no pude convencerla.

LEON: Mentira. Usted le dijo que se fuera.

MARIA: Le repito que traté de convencerla, pero no me escuchó. ¿Qué usted quería, que la amarrara o la matara?

LEON: Usted no ha sido sincera conmigo.

MARIA: Se equivoca, León. Yo no soy su madre. Entiéndalo. Respéteme. No vuelva a hablarme de esa manera, porque no se lo voy a permitir. Me prometió cambiar hace un momento, pero veo que está peor que antes. ¿Hasta cuando León, va a seguir comportándose como un niño? Mírese en un espejo. Enfréntese a sí mismo. ¿Cuándo va a convertirse en un hombre? ¡Dígame! ¿Cuándo? ¡Respóndame!

(Doña María lo observa seriamente; Leon baja la cabeza y luego caminando lento entra al cuarto. Pausa. Ella respira profundo, se pasa una mano por la frente, mira el horizonte y piensa en la situación. De pronto se escucha música de Felipe Rodríguez o de José José o una combinación de

ambos. Doña María entiende y se intranquiliza. Pausa. Llega Aurora con paquetes.)

MARIA: Hija, te lo advertí. Está escuchando esa música. Quién sabe que está pensando en estos momentos.

AURORA: Déjame sola con él.

MARIA: No me pidas eso.

AURORA: Por favor, mamá.

MARIA: ¿Por qué me echas...?

AURORA: Tengo mis razones. Quiero hablarle.

MARIA: ¿De qué?

AURORA: No puedo decírtelo. Vete a casa de doña Flor. Juega con el perro. Está acabado de bañar. ¡Qué animal juguetón! Vete mamá. Diviértete con él. Después hablamos.

(Doña María lo piensa y sale de la casa. Aurora está pensativa. La música llega a un crescendo y cesa de golpe. El silencio intriga y tortura. Aurora espera, intranquila. De pronto se abre la puerta lentamente, Después de una pausa, sale León y la observa a los ojos. Pausa. Aurora no deja de observarlo. Luego León ve los paquetes y se acerca sigiloso. Aurora intenta descubrir las intenciones de su marido.)

LEON: Compraste mucho.

AURORA: Aproveché todos los especiales.

LEON: ¿Estaba lleno Plaza?

AURORA: Repleto. No se podía caminar del gentío que había en las tiendas. La gente estaba salvaje. (Transición) ¡Qué calor!

LEON: ¿Qué yo te dije?

AURORA: Sí, sé que me dijiste, pero yo te dije que iba a comprar. No podía dejarlo para otro día. Por suerte, pude comprarlo todo.

LEON: Felicidades.

AURORA: Gracias.

LEON: De nada.

AURORA: León, ¿sabes qué?

LEON: No.

AURORA: (Observándolo) Me encontré con tu prima en la Plazoleta.

LEON: (Después de un gesto) ¿Estaba sola?

AURORA: Sí.

LEON: Pues claro, se entiende. Estaba esperando al hombre de turno.

AURORA: Ella es libre. Puede salir con quien quiera, si eso la hace feliz.

LEON: Antes de divorciarse iba a los moteles.

AURORA: Tenía que hacerlo. Porque el marido no la atendía, ni la respetaba como mujer. La maltrataba, le pegaba y la humillaba... Mucho soportó.

LEON: (Con intención) ¿Tú crees en la infidelidad de la mujer?

AURORA: En muchas ocasiones, se justifica.

LEON: (Sentencioso) La infidelidad no tiene justificación. La mujer no puede serle infiel al hombre.

AURORA: ¿Y por qué el hombre puede serle infiel a la mujer?

LEON: Porque es diferente.

AURORA: ¿Cómo qué es diferente?

LEON: El hombre es el hombre.

AURORA: La mujer es la mujer.

LEON: Te equivocas. Cuando Dios creó al hombre del barro.

AURORA: (Cortante) No metas a Dios en esta conversación.

LEON: Déjame terminar.

AURORA: Decías.

LEON: La mujer salió de la costilla del hombre. No se revolcó en la tierra. Por eso tiene que ser superior al hombre, en el sentido que estamos hablando, no en los otros, como predicán tus amigas.

AURORA: Yo no tengo amigas. Lo que dijiste es el disparate más descabellado que he oído en mi vida. (Transición) León, sigue trabajando en el gobierno.

LEON: ¿Qué quieres decir?

AURORA: Olvídalo.

LEON: Háblame claro.

AURORA: (Después de una pausa breve) Tu prima preguntó por tí.

LEON: ¿De verdad?

AURORA: ¿Te sorprende? ¿Por qué?

LEON: Por nada.

AURORA: ¿Te gusta?

LEON: No.

AURORA: Ella tiene un cuerpo escultural. Si yo fuera hombre me acostaría con ella, aunque fuera mi prima. Sería delicioso besarle los senos. Acariciarle el clítoris. Morderle las nalgas.

LEON: ¿De qué hablaron?

AURORA: De tí.

LEON: ¿De mí?

AURORA: Me contó que tú quisiste acostarte con ella...

LEON: ¡Mentira!

AURORA: Me aseguró...

LEON: ¡Mentira!

AURORA: Además, una noche te metiste en la cama y por poco la violas.

LEON: ¡Maldita!

AURORA: Tus tíos se enteraron y te botaron de la casa.

LEON: Pueden acusarme de cualquier cosa, menos de degenerado. Yo te juro que nunca me prospasé con mi prima. Me fui de la casa porque quería hacer mi vida.

AURORA: Perdona, León, fue una broma. Ella no me dijo nada.

LEON: ¿Por qué mentiste?

AURORA: ¿Quieres saber de qué hablamos...?

LEON: Dime.

AURORA: Temas de mujeres. Ah, me dijo que el niño está enfermo.

LEON: Y ella perdiendo el tiempo en Plaza, esperando al hombre para irse a gozar al motel. Nunca ha tenido verguenza ni pudor.

AURORA: ¿Cómo lo sabes?

LEON: ¿Qué tiene el niño?

AURORA: Fatiga.

LEON: Mañana voy a verlo.

AURORA: Eso lo dije.

LEON: ¿Le diste seguridad sin consultar conmigo?

AURORA: ¿Qué hiciste?

LEON: ¿Cuándo?

AURORA: Después que te fuiste de aquí.

LEON: Estuve pensando...

AURORA: ¿En qué?

LEON: En nosotros.

AURORA: Conclusión.

LEON: Que tenemos que cambiar. No podemos seguir viviendo... (Transición) Se lo dije a tu mamá. Se puso contenta. ¿Qué tú piensas?

AURORA: Creo que es lo mejor. Si seguimos peleando, vamos a perder el amor que tenemos. Terminaremos por separarnos, con otro fracaso en el cuerpo y un recuerdo latente en la conciencia.

LEON: También tomé una decisión importante. Quiero que me apoyes. Qué estés de acuerdo conmigo.

AURORA: ¿Cuál?

LEON: Que vayamos a la iglesia.

AURORA: (Disimulando su sorpresa) Yo no sabía que tú eras creyente.

LEON: Hace tiempo. También tú lo eras

AURORA: Mamá habla demasiado.

LEON: ¿Vamos a la iglesia?

AURORA: Tal vez. No sé. Quizá.

LEON: ¿Por qué no estás segura?

AURORA: (Cortante) León, cambiemos el tema, por favor.

LEON: (Después de una pausa) Entonces, tú crees en la infidelidad de la mujer. En otras palabras, se justifica el adulterio.

AURORA: En ciertas ocasiones.

LEON: ¿Cómo cuáles?

AURORA: Ya te dije.

LEON: Repítelo.

AURORA: No.

LEON: (Por fin se decidió a hacer la pregunta que lo consume y lo tortura) ¿Qué hora es?

AURORA: Las cuatro.

LEON: ¿A qué hora saliste de Plaza?

AURORA: A la una, ¿por qué?

LEON: Hablaste mucho con mi prima.

AURORA: No, muy poco.

LEON: ¿Por qué te tardaste comprando?

AURORA: Compré rápido.

LEON: Debiste regresar enseguida.

AURORA: Me entretuve.

LEON: ¿En qué?

AURORA: Mirando tiendas.

LEON: ¿Quién te acompañaba?

AURORA: Nadie. (Pausa. El la observa, ella esquiva la mirada, coge un paquete, saca un regalo y se lo

entrega a él, éste lo desenvuelve y muestra una camisa. Pausa tensísima.) ¿Te gusta?

LEON: ¿Quién la escogió?

AURORA: Yo. ¿Quién más?

LEON: ¿Tú la escogiste o fue el vendedor?

AURORA: La escogí yo, ¿por qué?

LEON: (Inspecciona la camisa minuciosamente, detalle por detalle, gesticulando con la cabeza. Ella lo observa, no comprende el porqué de la inspección, va intranquilizándose. Pausa.) No. No me gusta. Es fea. Estilo de viejo. A mí me gustan los colores claros. Pero tú me la compraste oscura. No me gusta el negro. Menos en la ropa. ¿Por qué la compraste negra? ¿Por qué me la regalaste?

(Aurora no comprende, está consternada, no entiende, ni comprende la reacción de su esposo. León la observa fijo; el coraje está en su alma y pronto le atrapará el cuerpo. León, intenso, se arrebató de momento, y comienza a romper la camisa. Aurora trata de impedirlo, pero él la empuja (no la golpea nunca) varias veces hasta que la domina y destruye la camisa. Pausa.)

AURORA: La rompiste.

LEON: Sí, la rompí. ¿Y qué?

AURORA: No te voy a regalar más ropa.

LEON: Te ves cansada.

AURORA: Lo estoy.

LEON: (León le agarra la cara, ella trata de impedirlo, pero es inútil. Le observa los ojos.) ¿Por qué tienes las pupilas dilatadas?

AURORA: Porque estoy cansada.

LEON: ¿Con quién estuviste en el Motel?

AURORA: (Soltándose) Estuve en el médico.

LEON: (Después de una pausa) ¿Qué tienes?

AURORA: Los nervios...

LEON: ¿Qué pasa con ellos?

AURORA: Están afectándome el estómago.

LEON: Dime, ¿qué tienes?

AURORA: Estoy enferma.

LEON: Quiero saber la enfermedad.

AURORA: (Después de una pausa) Estoy... encinta.

LEON: (Sorprendido) ¿De verdad, mi amor?

AURORA: Sí, León.

LEON: (Después de pensar) Estar encinta no es una enfermedad.

AURORA: Yo no dije eso.

LEON: Lo dijiste.

AURORA: No.

LEON: Sí.

AURORA: Bueno, me confundí. Perdóname. (Transición)
Cuando fui al médico creía que estaba muy enferma. No me imaginaba que estaba embarazada. El médico tuvo que repetírmelo muchas veces para que yo le creyera, porque...

LEON: ¿Cuántos meses tienes?

AURORA: Mes y medio.

LEON: No sentías los síntomas.

AURORA: Me daban mareos y vómitos. Pero tú sabes que yo siempre he padecido de esos males.

LEON: ¿Y la regla?

AURORA: Yo soy irregular.

LEON: Estás encinta.

AURORA: Que se va a hacer.

LEON: ¿Cómo te sientes?

AURORA: Bien.

(León se concentra en su mundo. Aurora lo observa y espera la reacción de él.)

LEON: (En su mundo) ¡Un hijo! ¡Quién lo diría! ¡León, vas a ser padre! ¡Nunca lo imaginé! ¡Y ahora ha llegado el momento! ¡Padre! (Transición) ¿Te imaginas, mi amor? ¡Cuando la barriga te empiece a crecer...! ¡Yo le voy a hablar a mi hijo! ¡Cuando nazca va a ser bien inteligente! ¿Quién sabe si nace hablando y caminando! (Transición) Ah, mi amor, yo te voy a cuidar bien. ¡Comerás ensaladas! ¡Beberás jugo de papaya! ¡Qué mucho vamos a gozar con el bebé! (Transición) ¡También tenemos que prepararle el cuarto! (Transición) Todos van a venir a verlo. ¡Muchos dirán: "se parece a la madre"! ¡Del padre, no sacó nada...! (Transición) ¿Te imaginas cuando el bebe despierte a media noche y yo te diga: "Aurora, el niño te está llamando. Quiere que su mami le dé la leche"! (Ríe) ¡Qué divertido! (Transición) ¡Cuando dé los primeros pasos! ¡Diga las primeras palabras! ¡Vaya a la escuela! ¡Crezca y se convierta en hombre! (Transición) ¡Qué responsabilidad! ¡Pero a mi hijo no le va a faltar nada! ¡Voy a darle lo que no tuve! (Transición) ¡Cuando tu madre se entere, se pondrá contenta!

AURORA: Y tu madre...

LEON: (En la realidad bruscamente) ¿Qué pasa con ella?

AURORA: Bueno, se pondrá contenta también.

LEON: ¡No! Porque no se lo voy a decir. No me importa cómo se sienta. Tampoco se acercará al niño. ¡Ni que lo piense! ¡Está contaminada!

AURORA: León, vi el corazón del bebé.

LEON: Sí.

AURORA: ¿Te gustaría saber el sexo?

LEON: No.

AURORA: Ni a mí tampoco.

LEON: Que sea sorpresa.

AURORA: (Con intención) Cuanto antes mejor.

LEON: (Vuelve a su mundo) ¡Te amo! ¡Vamos a celebrarlo! (La abraza, la besa, le toca la barriga, juega con ella, y luego sale a la cocina. De pronto se detiene. Pausa) Aurora.

AURORA: (Sin mirarlo) ¿Qué?

LEON: (Después de una pausa, dice volteándose) Después que nos casamos, creo que días antes a la boda, hablaste con Jorge. (Pausa breve) Luego te reuniste con él tres o cuatro veces más para discutir la venta de la casa.

AURORA: Sí.

LEON: (Después de una pausa breve) ¿Qué quieres beber? ¿Jugo o refresco?

AURORA: Jugo.

(León la observa, da la espalda y desaparece por el pasillo. Aurora se queda pensativa, y de repente se ríe a carcajadas. León regresa, con una bandeja. Se detiene y la observa. Aurora continúa riéndose. Pausa.)

LEON: (Tirando la bandeja) ¡Maldita! ¿De qué te ríes? ¿De mí? ¿Quién crees que soy? ¿Por quién me tomaste? ¿Por qué cuando venías de reunirse con Jorge, no querías hacer el amor conmigo? ¿Por qué no te dejabas besar, ni tocar? Siempre decías que estabas cansada y que lo dejara para otro día. ¿Por qué Aurora? ¡Respóndeme!

AURORA: Pero, ¿de qué tú hablas?

LEON: ¡Tú lo sabes!

AURORA: Explícame.

LEON: ¡Me engañaste!

AURORA: ¿Qué tú dices?

LEON: ¡Por un momento me lo creí todo, pero ahora está claro ¡El niño no es mío!

AURORA: ¡Con que no es tuyo!

LEON: ¡No, es de Jorge!

AURORA: ¡Así que no es tu hijo!

LEON: ¡Por eso estabas hablando con él en Plaza hace días! ¡El te convenció para achacarme el niño a mí! Aurora, ¿por qué me engañaste?

AURORA: ¡Maldito! ¿Cómo puedes negarlo?

LEON: ¡No, no es mío! ¡Y como no lo es, no quiero saber de él, ni lo quiero tampoco. Me largo de esta casa para siempre! ¡No me busques, porque no quiero volverte a ver en mi vida! (En paroxismo) ¡Me cago en los sesamentos de tu madre, en los tuyos, en los de Jorge y en los de tu hijo! ¡Quiera Dios que cuando salgas a la calle un camión te pase por encima, y te deje pintada en la brea! ¡Para después ir a la funeraria, insultarte hasta que revivas! ¡Luego matarte con mis propias manos, puta sucia! (Comienza a salir de la casa)

AURORA: (Incontenible) ¡No todas somos como tu madre! ¡Malnacido! ¡Recogido! ¡Me las pagarás, León! ¡Por Dios, que me las pagarás! (Transición) ¡Canalla!

(Aurora que lo siguió, se despega de la puerta. Su rostro está transfigurado, observa a lo lejos, llena de rabia, coraje y dolor. Luego, agitada con movimientos felinos, va a la mesa y tira todo por el piso, parece una fiera acorralada y lo animal, lo salvaje continúa apoderándose de ella. De pronto, observa la puerta del cuarto, una idea la tienta, lucha salvajemente con ella, se decide, entra al cuarto, y sale con un revólver y una cartera. Revisa el revólver, se percata que está en orden, lo guarda en la cartera, sonrío premeditado y sale mientras cae el telón rápidamente.)

FIN DEL PRIMER ACTO

SEGUNDO ACTO

(Al levantarse el telón, se escucha la música que finalizó el primer acto. Luego se ilumina la escena y todo está igual. El tiempo no ha transcurrido. Cesa la música. Pausa. Entra Aurora, seguida por doña María.)

MARIA: ¿En dónde estabas?

AURORA: (Después de una pausa) Lo maté.

MARIA: (Creiendo entender) ¿Por qué?

AURORA: Porque tenía que hacerlo. No había otra alternativa. (Transición) Se me encaró y lo maté.

MARIA: (Sentida) Hija, mira lo que has hecho con tu vida. Tu padre y yo que nos esforzamos por darte una buena educación y de que fueras útil a la sociedad. (Transición) Perdimos el tiempo. (Pausa breve) ¿Por qué lo mataste?

AURORA: Le dije que estaba encinta...

MARIA: ¿Encinta?

AURORA: Sí, mamá.

MARIA: ¡Qué bueno!

AURORA: Déjame terminar.

MARIA: (Después de observarla) Continua.

AURORA: Le dije que estaba encinta, negó al hijo, me insultó, nos deseó la muerte y se marchó.

MARIA: Y lo mataste.

AURORA: (En la realidad) Yo no maté a León.

MARIA: ¿A quién mataste?

AURORA: (Después de una pausa) Al perro de doña Flor.

MARIA: Le partiste el corazón.

AURORA: Lo siento, mamá. No quise hacerlo. Pero cuando salí de aquí, busqué a León por todas partes, pero no lo encontré. (Pausa breve) Cuando regresaba, pasé por la calle de doña Flor y me salió el perro, ladrándome con rabia. Me detuve a mirarlo. Se me pareció a León. Lo maté. Te juro mamá que gocé su muerte, pero cuando me doy cuenta que no es León, sino el perro de doña Flor, sentí...

MARIA: Dame el revólver

AURORA: No lo tengo. Lo boté.

MARIA: Cuando lo trajiste a la casa, te dije que esas armas de fuego son instrumentos del diablo para apartar a la gente de los caminos de Dios. Pero tú no me hiciste caso. Me dijiste que si el revólver salía de aquí, te ibas con él.
(Transición) Yo sé por qué lo compraste. Para matar a León.

AURORA: Sí, mamá, para eso lo compré. (Transición) Hoy perdí mi oportunidad.

MARIA: Dale gracias a Dios.

AURORA: ¡No lo menciones! ¿En dónde te metiste, León?

MARIA: Olvídate de él.

AURORA: No puedo.

MARIA: Inténtalo.

AURORA: (Después de una pausa breve) Tengo que matarlo otra vez.

MARIA: Tú mataste el perro.

AURORA: (Concentrada) También maté a León. Y quiero matarlo...

MARIA: Pero si me dijiste que no lo hiciste.

AURORA: (En su mundo) Lo maté. (Transición) Mamá, me preocupa doña Flor.

MARIA: A mí también. Por poco veo cuando mataste el perro. Minutos antes había salido a la casa de doña Sofía. (Transición) Dios sabe lo que hace. (Transición) ¿Cómo estará doña Flor?

AURORA: (Después de una pausa) Me arrepiento. No quise matarlo. Yo lo quería. (Pausa breve) Ella lo trajo pequeño. Era su adoración. ¿Te acuerdas cuando lo trajo aquí por primera vez? Lo mucho que nos divertimos con él. (Transición) Pero, mamá, él

nunca me había ladrado. Me ladró con odio. Quería matarme. Cuando intentó brincar la verja, le disparé. (Pausa breve) Antes de morir, me miró triste y en su último quejido sentí que me dijo: ¡Asesina!

MARIA: Mi pobre hija.

AURORA: No me compadezcas.

MARIA: (Después de una pausa breve) La vida no ha sido fácil para tí.

AURORA: ¿Por qué?

MARIA: Porque no has querido aceptarlo. (Transición)
¿Por qué lo abandonaste?

AURORA: Eso lo sé yo. No te lo voy a decir. (Pausa breve)
Lo abandoné. EL sabe el porqué. (Transición) Tú que hablas con EL, pregúntale... Estoy segura que te lo dirá. El te ama.

MARIA: Vuelve a la iglesia...

AURORA: ¿Para qué?

MARIA: León me dijo que pensaba volver...

AURORA: Y tú le crees. Tú no lo conoces todavía. Yo no me lo imagino en una iglesia, cantando, alabando, danzando... León, en la iglesia, mamá, eso está por verse. Y si lo viera, no lo creería. (Ríe)

MARIA: (Molesta) Tú y él están endemoniados. Les gusta burlarse de todo. Humillar a los demás. Reirse

del dolor ajeno. No tienen sentimientos. Son unos inconcientes. No respetan a Dios. Tampoco se respetan. ¡Cómo se insultan, Dios mío! ¡Cómo se hacen daño! ¡Cómo se odian y se aman a la vez!

AURORA: (Después de una pausa) Mamá, hazme un favor. Ve a la casa de doña Flor. Convéncela de que no me denuncie a la policía.

MARIA: Yo no voy a ayudarte más. Estoy cansada. Si te buscaste el problema, resuélvelo, pero no me incluyas a mí. Ve a su casa...

AURORA: Yo no puedo salir de aquí. Cierra las ventanas y las puertas. No dejes entrar a nadie. Quiero estar sola. Hablar conmigo. Tengo mucho que decirme. Resolver problemas. (Transición) Por favor, mamá, hazme este favor, es el último que te pido. Te prometo cambiar.

MARIA: ¿Y León?

AURORA: ¿Qué pasa con él?

MARIA: ¿En dónde lo mataste?

AURORA: León está vivo. Yo no lo maté.

MARIA: (Después de observarla y mover la cabeza demostrando incompreensión). Voy a casa de doña Flor. (La observa y sale.)

(Aurora cambia de actitud, respira profundo, piensa, analiza y sonrío casi imperceptible. Pausa. Aparece León. Ella no se percata de su presencia. León la observa del umbral de la puerta y luego entra con un bizcocho en la mano.)

LEON: Aurora, mi amor, ya estoy aquí.

AURORA: (Después de una pausa breve) Tú no te habías ido para siempre.

LEON: Se dicen tantas cosas.

AURORA: (Meditando) Así es.

LEON: (Acercándose) ¿Qué te pasa?

AURORA: Nada.

LEON: (Observándola) Estás fatigada.

AURORA: Sí, un poco.

LEON: ¿Saliste?

AURORA: A buscarte, pero no te encontré.

LEON: ¿Para qué me buscabas?

AURORA: Quería hablar contigo.

LEON: ¿De qué?

AURORA: Pues... de la pelea.

LEON: Ah, de eso quería hablarte.

AURORA: ¿Qué me vas a decir?

LEON: Aurora, el que te insultó no era yo, sino el otro. Ese, ya no existe. No me molestará más. Ahora soy un hombre nuevo.

AURORA: (Sonriéndose) León, ambos sabemos que ese otro termina dominándote. Y tú no puedes hacer nada, ya no puedes liberarte de él.

LEON: Me liberé. He cambiado de verdad.

AURORA: ¿En dónde estabas?

LEON: Déjame contarte. Cuando me fui de aquí, caminé loco e insultando a todas las mujeres que me encontraba en mi camino. Vi una parecida a tí. Me dieron ganas de..., pero al acercarme, me dí cuenta que no eras tú y seguí mi camino. (Pausa breve) De pronto, llegué a un parque, veo una multitud de personas aglomeradas, me acerco y me dicen: "Cristo te ama". Yo pienso: "Esta gente está loca". Pero ellos continuaron repitiéndomelo. Me quedé allí, escuchando el culto. El pastor estaba bendecido por el Espíritu Santo. (Pausa breve) En un momento de la predicación, pude leer en sus labios: "El niño es tuyo, León. No es de Jorge. Tu esposa te ama. No te engaña. Te ha sido fiel. El niño es tuyo. Dios tiene una misión para él". (Pausa breve) El ministro continuó predicando. Luego preguntó: "¿Quién quiere arrepentirse de sus pecados? ¿Entregar su vida a Cristo?" (Pausa brevísima) Levanté la mano, pasé al frente y me convertí.

AURORA: ¡Mentira!

LEON: ¡Sí, me convertí a Cristo! Estoy feliz porque le entregué mis problemas a EL.

AURORA: Con Dios no se juega.

LEON: ¡Me convertí!

AURORA: ¡Mentira!

LEON: ¡Creéme!

AURORA: ¡Mientes!

LEON: Después que me convertí, los hermanos me dieron tratados para repartirlos en el pueblo. (Pausa breve) Luego llegué a la mueblería. Me puse a mirar la vitrina. Tuve una visión.

AURORA: ¡Basta, León, por favor! No me cuentes más.

LEON: Aurora, ¿sabes que ví?

AURORA: No quiero saberlo.

LEON: A nuestra hija jugando en la cuna.

AURORA: ¡No viste nada!

LEON: La niña se parecía a tí. Era tu misma cara. Ella me miraba, me sonreía y me decía: ¡Papá! Estaba tan contento que entré a la mueblería y separé la cuna.

AURORA: ¿Por qué lo hiciste?

LEON: Entonces, el dependiente me dijo que hacía un rato una mujer probó la cuna metiendo a la hija con sus juguetes. Le dije que yo la quería también. (Transición) Aurora, no es maravilloso que yo haya cambiado, que Dios me mostrara a nuestra hija y que le haya separado la cuna.

AURORA: (Después de una pausa) ¿Se parecía a mí?

LEON: Sí.

AURORA: ¿Estaba grande?

LEON: Tenía un año.

AURORA: ¿Se parecía a tí también?

LEON: Pues claro. Los ojos. El pelo. La piel.
(Transición) Y pensar que les deseé la muerte.
(Transición) Perdónane.

AURORA: No...

LEON: ¿Por qué?

AURORA: Perdóname tú a mí.

LEON: Pero, ¿por qué te voy a perdonar? Tú no hiciste nada.

AURORA: (Premeditado) Perdóname, León.

LEON: Mi amor, no pienses más en ese asunto. Piensa cómo vamos a vivir de hoy en adelante.

AURORA: Perdóname.

LEON: Sí, te perdono.

AURORA: Gracias, mi amor.

(León le toca el hombro. Ella se deja hacer. Pausa. León va a la cocina, regresa con un pedazo de bizcocho, se lo entrega, ella lo observa, observa a León, observa el bizcocho, observa a León, pausa tensa, y observa el bizcocho.)

LEON: Vamos, comételo.

AURORA: (Observando a León) No quiero.

LEON: Lo compré para tí.

AURORA: No lo quiero.

LEON: Celebremos.

(Aurora lo observa y tira el bizcocho al piso)

LEON: ¿Por qué hiciste eso?

AURORA: Porque sí.

LEON: Aurora, ¿por qué?

AURORA: ¿Para qué preguntas?

LEON: Aurora.

AURORA: Quieres callarte. Y no repitas más mi nombre.

LEON: Pero, ¿qué te pasa?

AURORA: No puedo celebrar contigo.

LEON: ¡Celebremos!

AURORA: (Con intención) No existe.

LEON: ¿Qué no existe?

AURORA: Lo que estuvo aquí.

LEON: ¿Qué quieres decirme?

AURORA: León, ya no estoy encinta.

LEON: No debiste hacerlo.

AURORA: Lo hice porque no era tuyo.

LEON: Mentira.

AURORA: Era de Jorge.

LEON: ¡No, era mío!

AURORA: (Adueñándose de la situación) Si fuera tuyo no lo habría hecho. Siempre te he engañado con Jorge. No he dejado de amarlo. Lo amo. A tí, no.

LEON: Aurora, no es verdad. ¿Por qué mientes?

AURORA: El día que me viste hablando con él en la Plaza, hablábamos de cómo resolver el problema del niño. Jorge me dijo que te hiciera responsable de él. Estuve de acuerdo con su idea. Porque lo amo como jamás amaré a otro hombre. Ningún

hombre puede compararse con él. Menos tú, que no lo eres.

LEON: Tú sabes que el niño era mío.

AURORA: Te estoy diciendo la verdad.

LEON: ¿Por qué lo mataste? Porque era más tuyo que mío. Lo tenías en el vientre. Tú eres la madre. ¿Por qué lo mataste?

AURORA: ¡Yo no lo maté! ¡Tú lo mataste! ¡Asesino!

LEON: ¡Yo no lo maté!

AURORA: ¡Lo mataste!

LEON: ¡No!

AURORA: ¡Lo mataste!

LEON: ¡Yo no lo maté!

AURORA: ¡Si tú no me hubieras insultado como lo hiciste, si no lo hubieras negado, ni deseado su muerte, no lo habría hecho. Sabes que soy incapaz de matar. Yo no soy la única responsable de su muerte. Lo eres tú también. ¿Por qué lo negaste?

LEON: (Después de pensar) Puede que yo sea culpable también. (Transición) Pero tú no tenías derecho a matarlo. Tú eres mujer. Debiste resistir, controlarte. No debiste matar a la criatura. (Transición) ¡Lo mataste por gusto! ¡Porque no te gustan los niños!

AURORA: ¡León, cuando el hombre que se ama niega a su hijo, nos parte el corazón. Hace que perdamos el sentido de vivir. Entonces, se desencadenan unos pensamientos incontrolables que nos impulsan a cometer actos horribles...

LEON: ¡No quieras justificarte!

AURORA: Tus insultos me volvieron loca. No podía controlarme. No sabía qué pensaba. Pensamientos terribles golpeaban mi mente. Era como si el diablo me dominara y no me dejara pensar. (Transición) Busqué el revólver. Salí a la calle. (Transición) Obligué al médico... (Transición) "Aurora, mátalo, mátalo, mátalo", me dijo una voz. (Transición) Cuando el médico terminó, pensé: "Ya lo maté. León, ahora te toca a tí". (Transición) En la calle, te busqué por todas partes, pero no te encontré.

LEON: Y mientras me buscabas..., yo estaba arrepintiéndome de mis pecados, pidiéndole a Dios entendimiento y fortaleza.

AURORA: Como no te encontré, decidí regresar a la casa. Pasé por la calle de doña Flor. (Pausa breve) El perro estaba en el portón. Me detuve. Me puse a jugar con él. Pero cuando lo acaricié, se enfureció conmigo. (Pausa brevísima) En cada ladrido escuchaba tus insultos. Le dije que se callara, pero fue inútil. (Pausa brevísima) Comencé a discutir con él. Se me pareció a tí. Me dijo tus insultos. Trató de brincar la verja y le pegué dos tiros matándolo en el acto. (Está transfigurada)

LEON: (Después de una pausa) No es posible.
(Transición) ¿Cómo pudiste hacerlo?

AURORA: Matar tu hijo no era suficiente para mí. Quería matarte. Ver tu sangre correr por el suelo. Gozar, disfrutar tu muerte. (Transición) Y sabes, no me arrepiento de quererte matar. (Pausa breve. Desafiante.) Ahora que lo sabes todo, descarga tu ira contra mí. Suelta tus demonios. Golpéame. Mátame. ¿Qué esperas? ¿Qué pasa con tu ira, con tu coraje y con tu infierno? ¡Vuelve a insultarme! ¡No te reprimas! ¡Desbórdate! ¡Endemóniate!

LEON: Te vas conmigo.

AURORA: ¿A dónde?

LEON: ¡A la iglesia!

AURORA: ¡Llévame a la policía!

LEON: ¡Dios te juzgará!

AURORA: ¡A la iglesia no volveré! ¡La abandoné para siempre! ¡Juré que no regresaría!

LEON: ¡Vamos a la iglesia!

AURORA: ¡No quiero! ¡No puedes obligarme!

LEON: ¡A la iglesia!

AURORA: ¡Tú no estás salvo! ¡Eres un demonio de Dios! ¡Tú no vas a cambiar! ¡Estás maldito! ¡No descansarás! ¡Ni habrá paz para tí!

LEON: (Qué continúa empujándola) ¡Cambiate de ropa!
¡Y avanza, que Dios no puede esperar!

(Le cierra la puerta. Pausa. León está conflictivo. Lucha contra todas las fuerzas internas. Pausa. Aparece doña María)

MARIA: (Sorprendida) León, usted aquí.

LEON: Para siempre.

MARIA: ¿Y Aurora?

LEON: Está cambiándose de ropa. Vamos a la iglesia.

MARIA: Entonces, ya se enteró.

LEON: Sí.

MARIA: Doña Flor se negaba a perdonarla. Tuve que rogarle bastante y aceptó mis disculpas. Pero tenemos que comprarle un perro idéntico.

LEON: ¿Sabe lo del niño?

MARIA: León, los felicito.

LEON: No lo sabe.

MARIA: Aurora me dijo que estaba encinta.

LEON: Ya no lo está.

MARIA: ¿Por qué?

LEON: Porque lo mató.

MARIA: ¡Dios mío!

LEON: (Después de una pausa) Cuando regresé, le dije que me había convertido a Cristo.

MARIA: Lo mejor que ha hecho.

LEON: Pero cuando íbamos a celebrar por el niño me dijo que no podía hacerlo porque lo había matado.

MARIA: Y ahora quiere llevarla a la iglesia.

LEON: No quería ir. Tuve que obligarla, pero la convencí. Sé que Dios no la abandonará.

MARIA: Hace años que EL espera por ella en su templo. Quiere que le sirva, que se dedique a su evangelio y le entregue su vida. Cuando EL se propone llamar a los suyos, no se puede escapar de su poder. Yo hubiera preferido que Aurora fuera a la iglesia en otras circunstancias, pero qué vamos a hacer.

LEON: ¿Por qué buscamos de Dios cuando estamos en la desesperación o al borde de la muerte? ¿Por qué no lo buscamos cuando estamos felices?

MARIA: Porque el hombre se cree Dios también. Pero cuando el hombre reconoce su incapacidad para resolver los problemas de la existencia, clama al verdadero Dios.

LEON: (Después de una pausa) ¡Aurora, avanza! ¿Qué estás haciendo? ¡Avanza!

MARIA: Voy a entrar.

LEON: No.

(Aurora sale del cuarto. Doña María la observa. León observa a ambas. Pausa.)

MARIA: Hija, lo sé todo.

AURORA: Ni tú, ni León saben nada. Están en las tinieblas.

LEON: Vámonos.

(Pausa. León y Aurora salen. Doña María los ve partir. Pausa. Luego va al cuadro de Cristo, lo observa detenidamente, como si estuviera hablando con él. Pausa larga. Entran León y Aurora. León está molesto y Aurora se sienta en la butaca, con la mirada perdida. Doña María los observa. Pausa.)

MARIA: (A León) ¿Qué le pasa? (Pausa) Aurora, ¿qué hiciste?

LEON: No le pregunte. No va a contestar. En todo el camino, estuvo callada. En la iglesia, se enfureció de tal manera que tuvimos que obligarla a sentarse. Cuando hablé con el pastor, se molestó, lo miró mal y no respondió a sus preguntas., Todos oramos por ella, pero no hubo forma de que hablara. ¿Por qué no quisiste hablar en la iglesia? ¿Por qué no quieres hablar?

MARIA: (Después de una pausa) Hija, yo sé por qué no quieres hablar. Pero tú no puedes seguir así, tratando de imponer tu voluntad a los demás.

Vivimos en una sociedad. Tenemos leyes, costumbres, reglas, tradiciones, religiones... ¿Me entiendes? Hay que aprender a vivir en sociedad. La rebeldía se paga cara y tú has pagado bastante. Desiste. Acepta la realidad.

LEON: Aurora, ¿qué te pasa?

AURORA: (Después de una pausa) Yo lo sabía.

LEON: ¿Qué sabías?

AURORA: Que no serviría de nada ir a la iglesia. Lo sabía de niña. Hoy volví a comprobarlo.

MARIA: Explícate.

AURORA: (Después de una pausa) Rumbo a la iglesia, se me presentó mi hijo. Me dijo que de haber nacido encontraría la cura del cáncer. Pero lo maté. Ahora la humanidad tiene que esperar años en lo que Dios prepara a otro niño para que acabe con esa enfermedad.

LEON: ¿Qué tú estás diciendo?

AURORA: León, quise decírtelo, pero no me permitieron hablar. Me cerraron la boca. Me inmovilizaron la lengua. En la iglesia, me dijeron: "Hija del diablo". Impía. Inmunda. Magdalena. Inincua. Fornicadora. ¿Qué haces aquí? ¡Pecadora! ¡Largo!"

LEON: ¡Mentira! ¡Nadie te habló...! ¿Cómo puedes acusar...?

AURORA: Tú no las escuchaste. Pero yo sí. Nadie puede dudarlo.

LEON: Pero, Aurora, si yo estuve contigo todo el tiempo. Sé que nadie te insultó... Sí, ellos te hablaron. Trataron de que te entregaras a Cristo. Te negaste.

AURORA: ¡Déjame terminar! Yo no miré mal al pastor. Cuando él me preguntó que si quería convertirme a Cristo, no me permitieron hablar.

LEON: ¿Quién?

AURORA: "Aurora, ¿qué haces en mi templo? ¿Por qué me buscas? No te arrepientas. No habrá perdón para ti. Te condené hace años. ¡Vete! ¡Fuera de mi casa!"

LEON: Dios salva a los que se arrepienten de todo corazón. Pero tú te negaste a arrepentirte y a humillarte ante EL.

MARIA: Aurora, ¿estás segura que era Dios?

AURORA: (Después de una pausa) Le pregunté a EL que por qué no podía ser salva. Me respondió: "Tengo otros planes contigo".

LEON: ¿Cuáles?

AURORA: No me dijo.

MARIA: ¿En qué piensas?

AURORA: (Después de una pausa) Yo me voy de aquí.

LEON: Dios no pudo decirte eso.

AURORA: Me regreso a la barra.

LEON: ¿Qué tú dices? ¿Cómo vas a regresar a ese lugar? ¡Después que saliste de él! ¿Para qué vas a regresar? Tú no puedes hacerme esto. ¿Qué van a pensar de mí?

AURORA: No sé por qué abandoné la barra.

LEON: Tú no vas a volver.

AURORA: Quiero beber hasta caerme. Quiero fumar. Gozar. Quiero morir poco a poco, despacio, perdiendo la razón. Sin saber que estoy muriendo.

MARIA: No hables así. Dios no te habló. Fue Satanás.

AURORA: Debo irme pronto. Porque ellos me esperan. Sueñan conmigo. Deliran por mí. Desde que salí de la barra, esos hombres no son felices. Han perdido la razón de vivir. Yo soy su felicidad. Quien le alivia el peso de la vida. Le ofrezco un paraíso todos los días. Me aclaman Eva.

LEON: ¡Cállate!

MARIA: Déjela hablar.

LEON: Usted como siempre.

AURORA: Todos los hombres querrán hacerme un hijo. Pero no podré darle hijos a ningún hombre. Porque el

único que iba a tener, lo maté. (Transición) Pero yo no le diré nada a los hombres. Les daré esperanzas. Les mentiré. Me mentirán. Y ambos seguiremos el juego. ¡Qué felicidad!

LEON: ¡Cállate! ¡Te quedas aquí! ¡No me vas a abandonar!

AURORA: (Emotiva, dramática y firme) ¡Me crucificaré en la barra!

LEON: ¡Mentira! ¡Has mentido! ¡Te gusta mentir!

AURORA: (Después de una pausa) ¡Sí, estoy mintiendo! (Pausa tensa) Mamá, luego vengo a recoger mis cosas. (Transición) León, si te convertiste a Cristo, sigue en sus caminos y edifica templos. Habla de mí en las predicaciones. Dí que soy un instrumento del diablo. La eterna Magdalena. Repréndeme en el nombre de Dios. Condéname a los infiernos. Pero no me busques a la barra. Porque puedes perderte. Arrástrate por las cunetas con la biblia en la mano, predicando que abandonaste a Dios por mí. León, yo no puedo cargar tu cruz. Echátela al hombro. Llévala a su destino. Adiós. (Sale)

LEON: ¡Aurora, regresa!

MARIA: Déjela.

LEON: No puedo.

MARIA: Ya encontró su camino.

LEON: Va a la perdición.

MARIA: León, dedíquese a Dios. Olvide a Aurora.

LEON: Yo la amo.

MARIA: Obedézcame.

LEON: No permitiré que entre a la barra.

MARIA: No, no pierda el tiempo. Ame a Dios. Pero, ¿qué más espera de la vida?

LEON: No. (Sale.)

MARIA: Dios. (Se hinca en el suelo a orar a Dios mientras va cayendo el telón lentamente.)

FIN

14 y 15 de abril de 1990.

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS